

Séptimo poema

Enrique Bernaldes

1. mi país

mi país no existe
allí no hay delfines rosados
ni hombres que coman gatos
tampoco piñas tan inmensas que
logren opacar el resplandor del sol

mi país no existe
es la figura de mi padre ausente

yo vengo de mi país
vengo de mí mismo
yo soy sus delfines rosados
el caníbal reductor de cabezas
las líneas de Nazca
el brillo de mis ojos

mi país no existe
mi país soy yo
empieza en el norte
muy cerca de la línea del Ecuador
o más bien en la punta hirsuta de mis cabellos
termina en Tacna al sur
en la frontera con Chile
o diría mejor en alguna uña
de mi pie izquierdo

la capital política de mi país no está en Lima
sino en mi corazón
su población se estima en
un habitante como mucho
carece de una religión oficial
ni siquiera posee su propia moneda

ha nacido del barro primordial
producto de esperma y óvulo
de países más grandes

mi país está solo en Sudamérica
apenas bañado por la inmensa espuma
del pacífico mar

un día, mi país morirá...

2. Bucéfalo

Junto a un río de una ciudad cualquiera,
un jinete recorre la foto ennegrecida
donde Bucéfalo y yo le sacamos la lengua.

Los edificios llenos de gente están vacíos, repetía,
mientras Bucéfalo recordaba sobre mi rostro que
en alguno de ellos vivió la niña que poblaba mis sueños.

Junto a un río de una ciudad cualquiera,
nosotros, los veloces camaradas,
fragmentamos el tiempo
para inventar nuevos horizontes.

Lo poco que aprendí de la vida fue saber cómo caer
Saint Paul St. 5 p.m.
Bucéfalo y yo, toditos empolvados,
nos refrescamos en las aguas para curarnos el susto

Conocí a Bucéfalo el día en que mamá
le desinfló las llantas con un cuchillo de cocina
para evitar que me cayera en la vida,
las calles ruidosas del sector siete de la ciudad,
donde la hierba ya había dejado de crecer.

Pocos años después con el mismo cuchillo
empezaría a cortarme en las yemas de los dedos
y ofrendaría mi sangre en pequeños recipientes
esperando para descender al sótano.

Bucéfalo y yo hemos recorrido caminos diferentes:
Él... escondido en la oscuridad de un sótano.
Yo... huyendo de las ciudades.
Bucéfalo y yo hemos recorrido el mismo camino
porque huir de las ciudades no es otra cosa que
escondese en la oscuridad de un sótano.

Contra todo pronóstico hemos sobrevivido.

Ahora, Bucéfalo y yo recorreremos las ciudades,
nos enfrentamos en las carreteras
a los molinos de viento
cantando una canción en libertad.

3. El árbol de pecanas

Junto las manos
para recoger las pecanas del suelo;
las escondo en los bolsillos
para correr hacia atrás en las calles.
Nunca había visto un árbol de pecanas
hasta que llegué a Jonesboro, AR.
Pero la primera vez que vi una
pensé en mi madre, pensé en Perú,
su patria Ica, el desierto
que dejó atrás el año en que nació.
Me gusta dar vueltas alrededor del árbol de pecanas;
me gusta cómo mis hijos suben por él.
Desde allí me cuentan historias y chistes:
“Su nombre era Fredo y se tiró un pedo.”
Los árboles también son libros,
libros que nos devoran
desde dentro, como pequeños caníbales,
libros que cuelgan como carne humana
del árbol de pecanas que crece en nosotros.

Los libros cuelgan:
Mujercitas,
La vuelta al mundo en 80 días,
La isla del tesoro,
y mi corazón, fugitivo y solitario.

4. Big Sur

Acantilados y la fuerza de las olas,
visiones de verano,
un manto dorado sobre el Pacífico violento,
las risas de los niños,
turistas estúpidos, una masa humana
que converge en un espacio reducido.

La brisa sopla en los rostros felices
de los amantes, a lo lejos los albatros
en llamas se arrojan contra
el mar Pacífico, ella dice:
“Es Big Sur, eso siempre pasa”,
Los turistas corren despavoridos,
huyen en sus vehículos, Godzilla
sale de las aguas y se devora a un asiático
con su cámara de fotos.
Ella lo mira calmada. “No te doy paz”, le dice,
él la mira enamorado y le responde:
“Es Big Sur, eso siempre pasa”,
y se retiran tomados de las manos.

5. Jack Daniels

Lo que más me sorprende no es que haya fanáticos suicidas volándose en mil pedazos por las calles de Bagdad ni que estemos perdiendo una guerra que estamos ganando,
tampoco me sorprende que Bill de Kansas, 22 años, compañero de muchas borracheras, juegos de billar y póker, con quien por las tardes reíamos y llorábamos recordando a nuestras familias, ahora mismo esté de vuelta a casa,
congelado en una bolsa tan negra como la piedra que adoran esos fanáticos en el país del sur,
no es sorprendente que hace unas semanas tuviéramos que acribillar el minibús en el que viajaba una familia entera, simplemente por el pánico que nos causaron al aproximarse demasiado a nuestra patrulla,

menos me sorprende que haya tenido que viajar tan lejos para darme cuenta que ya no te quiero ni que la moderna ciencia de nuestros médicos me haya salvado la vida mas no pudiera hacerlo con el bueno de Bill ni con mis piernas ni mis brazos, no es digno de menor asombro que en los alrededores del hospital de la base en Alemania todos hablen un perfecto inglés y que hasta los niños tomen más cervezas que Bill y yo juntos, lo que más me sorprende es que una vez tu rostro y tu sonrisa me dibujaban como una antorcha Polaroid en la sala de nuestra casita alquilada de Albany, Jack y Lucy forever, el novio perfecto, el ingenioso, el cómico, el patriota pasó a ser instantáneamente el charlatán, el tonto, el alcohólico, el fin del amor es una bolsa tan negra como la piedra que adoran esos fanáticos en el país del sur, cuando cada uno rehace su vida con otros Jacks y otras Lucys. eso es lo que realmente me sorprende...

6. República Copular 37

La vertical de los pies desnudos
sucios, asquerosos, malolientes
acaricia los labios extranjeros uno, dos, tres veces.

Afuera la lluvia, los charcos,
la calle, los ladridos de los perros,
un delincuente revienta sin miramientos
la ventana de un Opel Kadett C.

La inmensidad de la ciudad panóptico,
despiadada con los vagamundos
que no creen en su orden
y viven un amor antiburgués,
sucio, asqueroso, maloliente,
amor nocturno, amor de barricadas,
de comunas y boulevares improvisados.